

1

IRIS

Las Vegas, Las Vegas, Las Vegas, me repito una y otra vez. Soy la peor mentirosa del mundo, y sé que, si no tengo cuidado, voy a mencionar Nueva York cuando hable con mi padre. Él cree que voy a Las Vegas a visitar a mi mejor amiga del colegio, que se marchó de Star Falls el año antes de graduarnos, hace poco menos de diez años. También cree que se trata de un viaje anual.

La verdad es que no he visto a Stephanie desde que se marchó. Pero es una excusa muy conveniente. En realidad voy a Nueva York, sola, como hago todos los años, para ver la noche de estreno de la nueva temporada del Ballet de Nueva York.

—¿Iris? —pregunta mi padre.

—Aquí estoy —respondo. Estamos llegando al final de la temporada de fresas y nos queda un mes antes de que las peras y las sandías estén en su mejor momento. Pero mis escapadas de fin de semana en septiembre siempre vienen acompañadas de un poco más de escrutinio del que me habría gustado. Odio mentir. Pero odio aún más hacer que mi padre y mi hermano se sientan culpables, por eso no les digo adónde voy en realidad.

Se queda en la puerta de la oficina improvisada que tengo junto al granero.

—Acabo de ver a Donna cuando regresaba de hacer la entrega al club.

Se me revuelve el estómago al pensar en lo que mi padre va a decir a continuación. Nadie más que yo sabe que me voy a Nueva York, pero hace tiempo que creo que nuestra vecina, Donna, tiene... poderes. Tal vez sea capaz de leer las mentes. Es broma, o puede que no. Pero sí es parte de la razón por la que la evito en esta época del año.

—Ah, ¿qué tal ha ido en el club? ¿Les ha gustado? —Acabamos de empezar a suministrar fruta a un complejo turístico privado local. La mayor parte la vendemos a través de mayoristas, pero el Club Colorado se puso en contacto con nosotros justo después de abrir para que les suministráramos directamente. Es bueno poder prescindir de los intermediarios. No es un gran negocio, pero todo suma.

—Donna me ha dicho que Stephanie está en el pueblo.

Todo mi cuerpo se paraliza y tengo que recordarme a mí misma que debo respirar.

Stephanie.

Mi mejor amiga.

La que se supone que voy a visitar mañana en Las Vegas.

Joder. Joder. Joder.

Sabía que oír el nombre de Donna no iba a traer nada bueno.

¿Por qué leches está Stephanie en el pueblo? No ha regresado desde que ella y su familia se marcharon hace casi una década. Adiós a la tapadera perfecta.

—¿Stephanie? —pregunto, tratando de ganar tiempo para pensar en una explicación.

—Sí, Stephanie, la que se mudó a Las Vegas. ¿Por qué está aquí si vas a ir a visitarla? ¿Significa eso que no vas a ir? No quería decir nada, pero nos vendrían bien un par de manos extra por aquí.

De ninguna manera voy a perderme el viaje. No hay muchas cosas que pueda hacer sin mi hermano y mi padre. Vivimos todos juntos. Trabajamos juntos. Pero una vez al año tengo ese

viaje a Nueva York solo para mí. Ahora que por fin he terminado un curso por correspondencia y he obtenido el diploma de secundaria, con diez años de retraso, mi viaje anual es lo único que hago que no tiene que ver con mi familia ni con la granja Wilde. Y no pienso renunciar a ello.

—Ah, Stephanie Gardener. No, no voy a Las Vegas a ver a Stephanie —respondo. Si Stephanie está en Star Falls, no tengo ni idea de cuánto tiempo se va a quedar. Y yo me voy mañana a Nueva York. Si ella sigue aquí, toda mi historia se vendrá abajo.

—¿De qué estás hablando? —pregunta él—. Llevas años yendo a Las Vegas a ver a Stephanie.

Mi hermano se cuela bajo el brazo de mi padre y se deja caer en la silla de visitas, encajada entre mi escritorio y una pila de cajas viejas a las que tengo que encontrarles un sitio de una vez por todas.

—¿Qué pasa? —pregunta Bray.

—¿A que Iris se va a Las Vegas a ver a Stephanie, esa chica del colegio, todos los años? —pregunta mi padre.

—Claro. Se va mañana —responde Bray.

Papá asiente, satisfecho de que alguien esté de acuerdo con él, y los dos me miran.

—Vamos juntas a Las Vegas. Stephanie vive en Arizona. Quedamos en Las Vegas. Pero este año no puede venir. Asuntos familiares. —Estoy balbuciendo. Las palabras se me escapan solas y no tengo ni idea de si tienen sentido.

—Entonces, ¿vas a ir sola? —pregunta Bray.

—¿Qué vas a hacer en Las Vegas sola? —quiere saber mi padre—. ¿Vas a jugar? Sabes que la casa es la única que gana siempre. Más te vale que vayas directamente al propietario del casino y le des tu dinero sin más.

—No voy a jugar, papá —digo, fingiendo leer algo en la pantalla de mi ordenador, en lugar de intentar desesperadamente pensar con quién podría estar en Las Vegas. Stephanie es la única

persona que conozco bien que se ha ido de Star Falls. Todos los demás de este pueblo han vivido aquí toda su vida. El regreso de Stephanie ha hecho saltar mi tapadera por los aires.

—Entonces, ¿por qué vas? —insiste Bray.

—Por el *spa*. ¡Y por Stu! Ya te he contado que a veces las amigas de Stephanie de Arizona vienen a Las Vegas. Este año Stephanie no puede ir, pero yo voy a encontrarme con ellas. Un viaje de chicas. —Es posible que haya mencionado a las amigas de Stephanie en alguna ocasión. Parte del motivo por el que soy tan mala mentirosa es que nunca recuerdo lo que he dicho.

Mi padre parece ofendido.

—No me parece muy bien por parte de Stephanie.

—Se echó atrás en el último momento. Insistió en que el resto fuéramos —contesto con un gesto de indiferencia. —Él frunce el ceño y parece confundido—. ¿Qué te han dicho sobre la fruta del club? —pregunto, con la esperanza de distraer a todos del desastre de Las Vegas.

—Sí —dice Bray, mirando a nuestro padre, esperanzado—. ¿Les ha gustado? Les hemos enviado lo mejor. No tenemos nada de más calidad.

—No lo sé —responde mi padre—. Les he dejado la fruta, me han firmado el albarán y, cuando venía a casa, me he encontrado con Donna.

—Mira, papá —digo, levantándome—. Tengo que trasladar estas cajas. Alguien va a tener un accidente mientras yo no estoy. Y todavía tengo que solicitar de nuevo el pago de la cuenta de Oxburg.

—¿Aún no lo hemos recibido? —pregunta Bray. Bray nunca sabe lo que pasa con las finanzas del negocio, y así es como me gusta que sea. No es un tío de hojas de cálculo y papeleo.

—Dios, ¿qué les pasa? —se lamenta mi padre—. Saben que somos una empresa pequeña.

—No les importa, papá —respondo—. Pero no te preocupes. Yo me encargo.

—Pero lo necesitamos, o no podremos pagar la entrada de las nuevas plataformas elevadoras. Vamos a necesitar al menos dos —insiste.

—Lo sé. —Pero en realidad no lo sé. Si las plataformas elevadoras funcionan, ¿por qué tenemos que sustituirlas?—. Estoy encima de ellos. Pero vosotros dos tenéis que dejarme seguir con el trabajo o no voy a acabar a tiempo antes de irme a Las Vegas. —Mierda, tengo que escribir todas estas mentiras o nunca las voy a recordar todas.

También tengo que acordarme de tirar todos los papeles relacionados con mis estudios de secundaria antes de irme. Mi padre jamás rebuscaría en mi habitación sin permiso, pero sería típico de mi suerte que intentara encontrar un destornillador o un crucigrama que ha perdido y encontrara mis libros y papeles. No creo que fuera a enfadarse, pero me traería demasiados recuerdos del pasado. Un pasado que hace tiempo que he olvidado.

—Es una pena que no vayas a Las Vegas a finales de año. He oído rumores de que Céline Dion tiene una nueva residencia —comenta mi padre—. Siempre quise llevar a tu madre a verla. Ya sabes lo mucho que le gustaba esa canción.

—Sí —respondo en voz baja. Mis padres eran la pareja más romántica que jamás haya existido. E incluso ahora, cuando oye a Céline cantar sobre cómo se viene arriba cuando se siente pequeña, a mi padre se le llenan los ojos de lágrimas. Aunque eso sería así incluso si mi madre siguiera viva. Mi padre es sentimental hasta la médula. Lo miro y me pregunto si alguna vez querrá escapar a Las Vegas o a Nueva York o a cualquier lugar lejos de aquí.

¿No aspira a nada más? ¿Y Bray?

—¿Qué vas a hacer estas dos noches? —pregunta Bray—. ¿Sentarte en bata a hablar de cuánto cuesta el *spa*?

Me levanto y señalo la puerta con el pulgar.

—Tenéis que dejar de charlar y salir de aquí. Estoy en una misión en solitario para conseguir el pago inicial de unas plataformas elevadoras, así que dejadme en paz.

Ambos refunfuñan, pero se marchan. Tengo que perseguir ese pago de Oxburg, poner un recordatorio en mi teléfono para esconder mis libros y anotar todas las mentiras que acabo de decir. Espero que se las hayan creído. No estoy segura de poder pensar en algo para tranquilizar a mi padre y decirle que no voy a gastarme los trescientos dólares que tengo a mi nombre, ya que acabo de pagar la entrada para el Ballet de Nueva York.

El único lugar al que siempre he querido ir, aparte de Star Falls, es Nueva York. Durante mucho tiempo, anhelé vivir allí, perseguir mi sueño de subir al escenario como parte de una compañía de ballet.

¿Pero ahora?

Ahora estoy en la granja frutícola familiar, y aquí es donde me voy a quedarme. Lo he aceptado. Pero durante tres días y dos noches de cada trescientos sesenta y cinco, una vez al año, me doy la oportunidad de vivir la vida con la que solía soñar.

2

JACK

Soy el representante de mi padre. Su aprendiz. Su suplente. Esta noche está ocupado, así que me toca a mí acompañar a mi madre al Ballet de Nueva York para la inauguración de la temporada.

Mañana quizá tenga que asistir a una reunión o atender una llamada de alguien con quien él no quiere hablar, pero esta noche mi trabajo es ir al ballet. A lo largo de los años, he ocupado su puesto en un par de fundaciones benéficas. También formo parte de la junta directiva de nuestra fundación familiar.

Mi padre no es solo mi padre, es mi jefe. Y yo soy su heredero.

Algún día me despertaré con patillas canosas y cojeando, igual que él.

No se trata de que no me guste el ballet. Me gusta. Y, por supuesto, intentar hacer del mundo un lugar un poco mejor a través de iniciativas benéficas no es algo malo. Es solo que siento que mi vida no me pertenece, supongo que porque en realidad no es mía. Me están preparando para dirigir la familia Alden. Desde que nací, me han educado para hablar, actuar y pensar de una manera que garantice que nuestra familia siga estando en la cima de la sociedad neoyorquina cuando mi padre fallezca y yo lo herede todo.

Ese ha sido el camino que han recorrido a la perfección mi padre, mi abuelo y su padre antes que él. Sé exactamente cómo se desarrollarán las cosas. Todo está predeterminado.

Hago girar mi copa de whisky, tratando de evitar el contacto visual con cualquiera en el pequeño bar que está al lado de nuestro palco familiar. Porque, por supuesto, los Alden tienen su propio palco. Eso es lo que pasa cuando donamos la cantidad que donamos al ballet. Mi madre está atendiendo a su «corte» al otro lado del bar. No tengo fuerzas para hablar con nadie.

—¿Le sirvo algo, señor Alden? —me pregunta Greg, el asistente de mi madre. Odio que me llame «señor Alden». Cuando empezó, le pedí que me llamara Jack, pero cuando mi madre lo oyó llamarme por mi nombre de pila, pensé que le daba un derrame cerebral. Cuando recuperó el habla, me desautorizó y, desde entonces, Greg me llama «señor Alden».

Miro el reloj. La función suele retrasarse la noche del estreno, pero la primera campana debería estar a punto de sonar.

—No, gracias —respondo. Suena la campana y suspiro al sentir la paz que voy a experimentar durante la próxima hora más o menos. *Cenicienta* no es mi ballet favorito, pero nadie puede cuestionar la música de Prokófiev. Y el Ballet de Nueva York no va a hacer nada desastroso. Debería ser una velada agradable.

Apuro el whisky de un trago, dejo el vaso en la barra y espero a mi madre.

—Cariño, ¿has visto con quién estaba hablando? —me pregunta ella al acercarse.

Levanto el codo para que pueda cogerme del brazo, y así lo hace.

—No, madre.

Suspira de una manera que me indica que está decepcionada. Como si tuviera que seguirla como si fuera una oveja perdida. Ignoro ese sentimiento y vamos hacia nuestro palco.

—Era Frances Althorp —dice mi madre—. Su hija, Penelope, sigue soltera. Y acaba de regresar a casa después de pasar el verano en París. Deberías invitarla a cenar.

Cierro los ojos lentamente, tratando de no mostrar ninguna reacción. Espero de verdad que se levante el telón tan pronto como nos sentemos en nuestros asientos. Sé lo que me espera por parte de mi madre y me muero por evitarlo. La hija de Frances Althorp, Penelope, es lesbiana, y tampoco es como si ocultara su orientación sexual: lo ha hecho público y está orgullosa de ello, y lleva unos cuatro años manteniendo una relación seria con una artista de *performance* de Brooklyn. Sin embargo, nuestras madres siguen intentando emparejarnos de forma más o menos regular. Creo que las dos están convencidas de que acabaremos juntos.

—No soy el tipo de Penelope —respondo cuando entramos en nuestro palco.

—Claro que lo eres. Eres un Alden. Eres el tipo ideal de cualquier mujer.

—Pero no el tipo de una lesbiana, madre.

Ella pone los ojos en blanco como si hubiera dicho una tontería.

—No puedes quedarte soltero toda la vida, Jack. Tienes que encontrar una esposa adecuada para continuar con el legado familiar.

Ahora es mi turno de poner los ojos en blanco.

—Sabes que estamos en el siglo XXI, ¿no?

—Lo digo en serio, Jack. Sabes que tu padre cree que ya deberías estar casado.

Es un golpe bajo y lo sabe de sobra. Básicamente, me está diciendo que mi padre está decepcionado conmigo. Hago todo lo que me piden. Vale, estudié Empresariales después de Harvard, y eso nunca había ocurrido antes en nuestra familia. Y sí, monté un negocio exitoso con mis amigos de esa época y utilicé parte de las ganancias para comprar un hotel que todavía poseo.

Nada de eso me ha impedido cumplir con las obligaciones que he heredado por ser el único hijo de James Alden.

—Te avisaré cuando encuentre a alguien.

—Una persona, Jack. No un carrusel de mujeres. Una. De buena familia. —Ella no lo dice, pero «buena familia» significa una familia que ha amasado una fortuna procedente de fuentes legítimas hace generaciones. Una Kennedy no serviría porque, para mi madre, no son más que un grupo de contrabandistas. Por alguna razón, el dinero que proviene de las empresas tecnológicas tampoco es lo bastante bueno. No sirven las fortunas que haya amasado una persona o sus padres: tiene que ser dinero de hace cientos de años, o al menos de hace tres generaciones. Todavía no estoy seguro de por qué eso marca la diferencia, pero para mi madre es así. Supongo que tiene sentido que, para mi madre, Penelope Althorp sea una opción. No hay muchas familias que cumplan sus criterios en Nueva York. Y menos aún con hijas únicas de la edad adecuada—. Jack, ¿me has oído? —Mi madre se sienta en el asiento del medio de nuestro palco, y yo me siento a su izquierda. Greg se sienta a su derecha, más cerca del escenario. Se da cuenta al instante y mueve su silla entre la salida y mi madre, para que ella tenga una vista clara. Eso significa que él apenas podrá ver.

—Sí, madre —respondo.

—¿Estás haciendo algún esfuerzo por encontrar esposa? —susurra entre dientes.

No me interesa buscar esposa. He visto que las relaciones pueden funcionar para algunas personas. Tengo un círculo muy cerrado de buenos amigos que conocí cuando estudiaba y los cinco han encontrado a las mujeres con las que estaban destinados a casarse. Están enamorados. Son mejores, más felices y más plenos gracias a las mujeres con las que están.

Yo nunca he estado siquiera cerca de eso.

—Encontrar una esposa no es una prioridad para mí ahora mismo —respondo, y le echo una ojeada al teatro. La gente levanta la vista para mirar hacia nuestro palco. La mayoría del pú-

blico no sabrá quiénes somos, pero cualquiera que pertenezca a la alta sociedad neoyorquina sí. No puedo mantener esta conversación con mi madre aquí. Hay demasiadas personas interesadas en lo que tengamos que decir.

—Tienes que encontrar una mujer. Yo no voy a rejuvenecer ni tu padre tampoco. Necesitamos que sientes cabeza.

Ni siquiera sé lo que eso significa, pero me afecta porque una familiar sensación de culpa me hace mantener la boca cerrada.

Las luces se apagan y se levanta el telón.

El escenario se ilumina y Meghan Furlan, una de las primeras bailarinas, aparece en escena. Es capaz de captar la atención del público como nadie que haya visto actuar jamás. Pero veo algo con el rabillo del ojo. Intento ignorarlo. Probablemente sea solo el director de orquesta.

Pero lo veo de nuevo y, esta vez, aparto la mirada del escenario.

Es una mujer entre el público. Está en uno de los mejores asientos del teatro, frente al escenario, unas seis filas más atrás. Lleva el pelo recogido en un moño tenso, como la mujer del escenario, y se seca los ojos con pañuelos de papel. Su perfil es elegante. Tiene el cuello largo y los pómulos altos. Parece que pertenece al escenario y no al público.

Miro a la gente que se sienta junto a ella. A un lado está Ethan Scott y su esposa, a quienes no veo desde hace tiempo, y mentalmente apunto que tengo que quedar con él para tomar algo. Al otro lado está una mujer a la que reconozco de una recaudación de fondos del Ballet de Nueva York.

¿Ha venido sola?

No es raro que la gente lllore en el ballet. Incluso mi madre, que es fría de corazón, ha llorado en un par de representaciones. Pero el telón acaba de levantarse.

La bella desconocida yergue los hombros y levanta un poco la barbilla, casi como si se avergonzara de sus lágrimas. Se lleva las manos al pecho cuando Meghan Furlan realiza la primera

pirueta de la noche. Es como si pensara que Meghan pudiera caerse. Por supuesto, no es así, y la misteriosa mujer esboza una gran sonrisa.

Inexplicablemente, las comisuras de mi boca se contraen y sonrío con ella. Vuelvo a mirar al escenario, pero durante toda la actuación, me veo constantemente atraído por el público, por la hermosa mujer que contempla la hermosa actuación. Estoy completamente distraído por ella.

¿Quién es?

¿Quién es?

Es tan delicada que casi no parece real.

El corazón me late con fuerza en el pecho y le doy vueltas a la mente, tratando de encontrar la manera de conocer a esa mujer de la que no puedo apartar la mirada. Debería ir directamente a buscar a Ethan y a su esposa en el intermedio. O al menos, eso es lo que le diré a mi madre. Si voy al bar principal, tal vez pueda localizarla. Porque eso es lo que quiero, ¿no? Hablar con la mujer que me tiene tan hipnotizado.

Apenas puedo pensar con claridad, y trato de organizar mis pensamientos, trato de encontrarle una explicación lógica al instinto que me obliga a apresurarme a conocerla, pero no puedo. Lo único que sé es que tengo que tratar de encontrarla.

No estoy seguro de lo que le diré cuando nos veamos cara a cara, pero debo saber quién es. Hay un sentimiento primitivo en mí, distinto a cualquier cosa que haya experimentado antes.

Tengo que conocerla.

Pero ¿y si fracaso? Puede que ella vaya al baño o que yo no llegue a tiempo. De hecho, lo más probable es que no llegue a tiempo. Me detendrán al menos cinco veces personas que querrán charlar conmigo o hablarme de su organización benéfica, de su sobrina o de cualquier otra cosa.

Maldita sea.

Le doy un golpecito en el hombro a Greg.

—¿Ve a la mujer en la...? —Cuento las filas para asegurarme de que no me equivoco—. ¿En la sexta fila? ¿La del medio, con el pelo rubio?

Se echa hacia delante y entrecierra los ojos.

—¿La que está junto a la esposa de Ethan Scott?

Asiento.

—Necesito que me consiga su nombre y su número de teléfono. —Inspiro hondo. No estoy seguro de que solo con el nombre y el teléfono sea suficiente—. Y, a ser posible, el asiento que hay a su lado. —Él se queda un instante en silencio, casi como si esperara a que le dijera que estoy bromeando, pero no podría hablar más en serio. Me echo un poco más hacia delante y, con un susurro urgente, para asegurarme de que entiende lo que está en juego, le digo—: O estás despedido.

3

IRIS

Estar aquí esta noche hace que todo haya merecido la pena: el coste del billete de avión y del hotel, por no hablar del precio de la entrada para el ballet. Incluso mentirle a mi familia. Todo ha merecido la pena.

Cada año, cuando se abre el telón, me emociono. Todo mi pasado, los sacrificios que he hecho, el futuro que podría haber tenido..., todo regresa a mi mente. Pero esta noche parece que me ha afectado más que nunca. Quizás sea por la edad. Soy un año mayor que la bailarina principal, Meghan Furlan. Hace mucho tiempo que renuncié a mi sueño de dedicarme a la danza, pero esta noche, al ver a Meghan, cualquier atisbo de esperanza de algo diferente se ha desvanecido.

Meghan es la Cenicienta más exquisita que he visto. ¿Cómo no iba a serlo? Es una bailarina increíble. Pero, de alguna manera, parece que estuviera hecha para este papel. El vestuario y la coreografía realzan la actuación y ella roza lo mágico.

Se merece todos los elogios.

Es magnífica.

Al verla esta noche, en la cima de su carrera, con mis dedos aún manchados de restos de fresa, todo cobra sentido. No sé si me había estado engañando a mí misma pensando que aún podría tener una carrera en la danza si de verdad quisiera, que si ensayaba mucho podía recuperar el tiempo perdido y llegar hasta

ahí. Pero ahora, una mujer más joven que yo ha alcanzado la cima de la montaña del ballet y veo cómo años y años de entrenamiento dan sus frutos.

No hay forma de alcanzarla.

Los últimos hilos que me unían a la posibilidad de una vida diferente se han marchitado y han muerto. Quizás lo que siento es en parte alivio. No tengo que fingir durante un fin de semana al año que podría haber sido otra persona.

Miro a mi alrededor. La mayoría de la gente ha abandonado sus asientos durante el intermedio para ir a los baños o al bar. Pero yo no quiero perderme ni un minuto de estar en este auditorio. No me gusta la idea de quedarme atrapada en una cola y tener que regresar corriendo a mi asiento. Quiero sumergirme en esta experiencia. Quiero exprimir hasta la última gota de esta experiencia.

Pero necesito ir al baño.

Tan rápido como puedo, me abro paso entre la gente hacia los baños. No voy a ir a los principales. Sé que si subo las escaleras de la parte delantera, que normalmente solo utiliza la gente que está en los palcos, hay unos baños que suelen tener menos cola. Ágilmente, me abro paso entre la multitud y llego a las escaleras. Están desiertas. Aunque sé que tendré tiempo suficiente antes de que se levante el telón, incluso aunque haya una cola corta, el corazón me late con fuerza por la expectación.

Llego a lo alto de las escaleras y la puerta de los baños de mujeres está cerrada. Eso debe de ser una buena señal. No hay una cola que mantenga la puerta abierta. Abro y veo a una sola persona esperando pacientemente delante de mí.

Sé que es ridículo, pero me inunda una sensación de victoria. Conozco tan bien este teatro que puedo ganarle a la mayoría de la gente en llegar al baño. ¡Bien por mí!

Vaya, soy patética.

Hay una asistente limpiando los lavabos y ordenando las pilas

de toallas de papel. Tararea una melodía mientras trabaja. Hay unas monedas en un plato al lado de los lavabos: son sus propinas.

Una señora sale de uno de los cubículos. Es una mujer que he visto antes desde mi asiento cuando he echado un vistazo a los palcos. Parece la típica espectadora del Ballet de Nueva York: rica, elegante, vestida de Chanel de pies a cabeza. Se cambia el bolso rosa de un brazo al otro y luego se lava las manos. Veo que se fija en el platillo de propinas.

—Deberían tener toallas de tela —le dice a la empleada del baño.

—Sí, señora —responde esta, y sonríe como si le acabaran de hacer un cumplido.

La señora Chanel no deja propina.

Vaya. Con todo el dinero que tiene, no puede ni dejarle unas monedas a la señora que se pasa las tardes limpiando un baño.

Uso el baño lo más rápido que puedo, dejo una propina de cinco dólares y regreso a mi asiento velozmente.

Mi fila está completamente vacía, excepto por dos personas a unos asientos de distancia de mí, entre las que me paso para volver a sentarme, y una pareja al final, a mi derecha. Alguien se acerca a hablar con la pareja del final. Mantienen una breve conversación y los dos se levantan y se marchan. ¿Les han dado malas noticias? ¿Les han ofrecido una copa gratis o algo así? ¿Por qué se han ido? No tardará mucho en volver a levantarse el telón.

Dejo de pensar en ello y vuelvo a mirar al escenario, disfrutando del sonido del auditorio al llenarse de nuevo. El murmullo de los programas, el cuchicheo de las voces apagadas... Todo es reconfortante.

Un movimiento a mi izquierda me llama la atención. La misma persona que estaba hablando con la gente que se encontraba a mi otro lado está charlando con otras personas unos asientos más arriba. No puedo entender su conversación, pero parece animada. Miro hacia delante, para que no parezca que es-

toy espiando, y entonces esa pareja se levanta, justo cuando está a punto de sonar la campana, y abandona sus asientos.

Qué extraño.

Miro por encima del hombro y veo al público regresando a sus asientos, poniendo caras de disculpa cuando intentan pasar entre los demás. El auditorio parece bastante lleno. Echo un vistazo a los palcos. Ahí está la mujer de los baños.

Me estiro la falda lápiz negra que guardo para reuniones importantes y funerales. Su conjunto probablemente cuesta lo mismo que mi sueldo mensual. Quizás lo mismo que mi salario anual completo.

Las luces se apagan, indicando que la segunda parte está a punto de comenzar, y el corazón me late con fuerza. Vuelvo la cabeza hacia los dos lados y veo que toda mi fila está completamente vacía. Las cinco filas de delante están llenas. Echo un vistazo detrás de mí: todo está lleno. Pero mi fila no.

¿Dónde está todo el mundo? ¿Significa esto que la segunda parte se va a interrumpir porque la gente llega tarde? ¡Qué falta de educación!

Las luces se atenúan y veo a un hombre que viene hacia mí. ¡Una sola persona! Debería haber al menos treinta personas en esta fila. No puedo verle la cara mientras se acerca, pero tampoco puedo dejar de mirarlo.

Cuando puedo verlo con claridad por fin, me da un vuelco el estómago al darme cuenta de que lo conozco. Esa mandíbula firme y esos labios carnosos, ese cabello brillante y espeso que parece heredado del mismísimo JFK... Lo he visto antes, y nunca voy a ningún sitio, así que debe de ser en Star Falls donde lo he visto, aunque no es de ahí.

Debe de ser un famoso. Una estrella de cine. ¿O tal vez lo he visto en *Bailando con las estrellas*?

Por un segundo, me pregunto si está aquí para decirme que este no es mi sitio y que me vaya a casa.

—Buenas noches —saluda. Su voz es grave y profunda, y me pone la carne de gallina.

Se sienta a mi lado. En el asiento en el que estaba una mujer antes del intermedio.

¿Qué está pasando? Antes de que tenga tiempo de procesar lo que está sucediendo, se levanta el telón. Le echo una última mirada a la que él corresponde, dedicándome una pequeña sonrisa que provoca un cosquilleo en el vientre, y me vuelvo de nuevo hacia el escenario.

Justo cuando el príncipe azul llega a la casa de Cenicienta, mi atención se desvía del escenario al darme cuenta de que nadie ha ocupado los asientos vacíos de mi fila. El tipo que está a mi lado y yo somos las dos únicas personas en toda la fila.

La hermosa música de Prokófiev vuelve a captar mi atención, y me concentro en lo que ocurre en el escenario. Cuando el telón baja por última vez, vuelvo a ser consciente de que solo hay dos personas en mi fila.

Y yo soy una de ellas.

—Una producción maravillosa —me dice el hombre mientras los bailarines saludan. Tiene la vista clavada en mí, y me siento tan incómoda bajo su escrutinio que lo único que puedo hacer es asentir. Cuando Meghan sale al escenario, me levanto de un salto y aplaudo, al igual que la mayoría del público que me rodea, incluido mi vecino de al lado.

A Meghan le entregan un enorme ramo de rosas rojas y actúa como si fuera una sorpresa y no se lo esperara en absoluto. Supongo que, incluso después de todas las representaciones que ha hecho, debe de seguir siendo emocionante recibir una ovación con el público puesto en pie, que todos te den las gracias por compartir tu talento. Es imposible que se canse del amor que debe de recibir por parte del público.

—Es maravillosa —murmuro, casi para mí misma.

El hombre que está a mi lado debe de oírme, porque responde.

—Sin duda lo es. Se ha ganado su puesto como primera bailarina, a pesar de sus detractores.

Meghan no siempre fue la favorita de la escena del ballet de Nueva York. Algunos críticos la tildaron injustamente de imitadora de todas las grandes bailarinas que la precedieron. La acusaron de copiar las elegantes líneas de Sylvie Guillem y los saltos de Natalia Osipova. Me cuesta entender por qué un bailarín no iba a intentar imitar a los maestros de su oficio. ¿El objetivo de todos los bailarines no es ser los mejores en todo lo que hacen?

Asiento y ese desconocido que me resulta familiar sigue contemplándome. Me vuelvo una vez más hacia el escenario, tratando de averiguar quién es el hombre que está a mi lado. Sin duda lo he visto antes, pero no puede ser de Star Falls. Es imposible que un hombre de Star Falls, sobre todo uno tan guapo como el que está a mi lado, sea un amante del ballet y yo no lo conozca, ya que a la mayoría de los hombres de Star Falls les gusta mucho más el billar que el ballet, pero él no parece conocerme.

Tras interminables salidas a escena, las luces del teatro se encienden por fin.

—Ha sido una actuación increíble, ¿verdad? —comenta el hombre, y yo asiento una vez más—. Por cierto, me llamo Jack. —Me tiende la mano.

—Iris —digo, estrechándosela. No sé si es porque estoy muy emocionada por lo de esta noche, pero siento una corriente eléctrica cuando nos tocamos y retiro la mano un poco más rápido de lo que sería educado.

—¿Vienes a menudo al ballet? —pregunta.

—Una vez al año —confieso—. No vivo en Nueva York.

Él asiente como si le acabara de dar la respuesta a una pregunta que se había estado haciendo.

—Bueno, si solo ibas a venir a una función, esta era la mejor que podías haber elegido.

—¿Te gusta el ballet? —pregunto. Tampoco es que no espere que los hombres vayan al ballet, pero es raro verlos solos.

—Sí —responde—. Sobre todo aquí. Incluso las representaciones contemporáneas.

Esbozo una ligera sonrisa.

—Me encantaría venir más a menudo. No tengo oportunidad de ver mucha variedad de obras.

—Deberías. —Su expresión es sincera, como si le preocupara que no vaya al ballet lo suficiente, y yo no puedo apartar la vista de él. Intento situarlo, pero, además, sus profundos ojos azules son hipnóticos.

—No estabas a mi lado durante la primera parte —digo, mirando mi programa. Quince dólares es mucho dinero por un recuerdo, pero este viaje anual a Nueva York es para darse un capricho.

—No —dice él—. No estaba. —No me da otra explicación.

—Había otras personas.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta, con una intensa expresión, como si me estuviera estudiando—. Me encantaría comentar la actuación contigo.

—¿Has venido solo?

Entrecierra un poco los ojos, como si estuviera meditando la respuesta.

—He venido con mi madre. Pero ella se va con otra persona.

Mi mirada se posa en su boca y en su perfecto arco de Cupido, en la línea definida que separa sus labios del resto de su rostro, en su plenitud. Tiene una boca muy bonita.

—¿Tu madre?

—¿Quizá pueda acompañarte a donde vayas? —sugiere.

—¿Nos conocemos? —pregunto.

—No —responde, un poco sin aliento—. Pero me gustaría conocerte un poco antes de que desaparezcas en la noche como... Cenicienta.